

# SANDRA LORENZANO

## 1. Vértigo

Vértigo  
    pieles  
sin memoria  
tú y yo  
fundamos un reino  
caemos  
aquí  
    ahora  
silencio es tu nombre  
nadie es el mío  
tibios caracoles  
    nos llaman  
caemos  
    aquí  ahora  
futuro de un pasado  
anterior al primero de tus huesos  
sal que deja blanco rastro  
de mi lengua  
  en tu vientre  
tal vez  
nosotras  
lloremos de pronto  
tormenta  
sabes a mar  
    a amarte  
aquí  ahora  
saliva  
    tibia tu boca  
siglos  
    de espera  
caemos  
ahora  
como lluvia caemos  
lluviamos  
silencio es tu nombre  
nadie el mío

## 2. Invierno en el cementerio de Middlebury

¿Por qué asombrarse de que los muertos  
*no nos hablen de la muerte?*

Edgar Lee Masters, *Antología de Spoon River*



¿Quiénes fuimos entonces?  
¿Quiénes fuimos reflejadas en las afiladas aristas del hielo?  
Rodeadas de qué historias silenciosas, de qué cuerpos cubiertos de  
blanco.

“Spoon River”, pienso frente al paisaje ajeno

Murmullos:

La viuda de muslos protectores

El golpeador detrás de la biblia calvinista

El niño que tuvo un único verano

¿Quiénes fuimos con ellos alrededor?

Nos sentamos en la banca helada frente a un horizonte

apenas naranja

desdibujado

El niño la viuda el violento lector del libro sagrado (oh lord)

Todos los muertos son nuestros.

¿Quiénes fuimos?

Mayo 1891 – febrero 1892

Klaus: un único verano.

Podría haber sido profesor o campesino.

O soldado.

Podría haber muerto en las trincheras de 1917.

Podría haber tenido una novia sonriente y rubicunda

con un pecho en el que él llorara sus derrotas.

Una novia que ya anciana mirara cada tanto el retrato con uniforme.

Un solo verano.

“Spoon River”, pienso.

“Busca a la viuda, hijo. Busca sus caderas generosas, sus manos sabias.”

¿Por qué asombrarse? Tampoco nosotras hablamos de la muerte.

¿Quiénes fuimos ante ese atardecer perenne?  
El marido – barba pelirroja, ojos distraídos – murió en una tormenta  
destino de pescador  
“Búscala, hijo. Tiene la piel tibia, el abrazo perfumado”  
Miramos los cipreses, los nombres, las fechas.  
Tampoco nosotras hablamos de la muerte.  
Murmullos.  
Bergen 1895-1937.  
El año en que nació mi madre.  
Allá  
al sur de todos los sures.  
La azalea que alimentan sus cenizas se cubre de agua  
cuando sube el río  
Madre náufraga  
Nos contamos historias:  
los cipreses, los nombres, las fechas  
Y el hombre con traje oscuro  
levanta la mano amenazante  
“Corre grita no dejes que te alcance”  
¿Qué versículo ordena el castigo?  
¿Qué designio divino el golpe certero?  
La piel morada.  
Y el dolor.  
La mano amenazante.  
El libro sagrado.  
Tampoco nosotras hablamos de la muerte.  
“Spoon River” pienso frente al blanco que cubre la tierra.  
Debajo: nuestros muertos. No hay metáforas.  
Un paisaje ajeno.  
¿Quiénes fuimos dónde fuimos otras?

### 3. Deshabitar la propia piel

Deshabitar la propia piel  
dejarla olvidada como al descuido  
sobre una silla cualquiera  
    quizás allí, frente a la plaza  
    donde juegan los chicos en la tarde.  
Deshabitar la propia piel  
y dejarla como mendiga de sí misma  
pero sin llantos ni duelos excesivos  
porque habrá quien la encuentre y sepa usarla  
sacudirla hasta poblarla de deseo  
y hacerla ondear amorosamente al viento  
como antigua señal de bienvenida.  
O al menos darle piadosa sepultura  
los brazos en cruz, la cabeza al oriente  
hasta ser barro de todos los barroes.  
Así sea.

#### 4. Desde el principio de los tiempos

Una ve unos ojos  
e intuye una mirada  
párpados que tiemblan  
pudor, heridas.  
Una ve unas manos  
e inventa tardes enteras  
de pieles cómplices,  
de caricias nuevas.  
Una oye una voz  
que es deseo y lengua madre  
e imagina el ansia, el grito,  
el primer nombre.  
Y hace con prisa  
la maleta de su cuerpo  
para volar sobre todos los océanos  
y llegar allí  
donde el hogar es el propio  
desde el principio de los tiempos.